

qué llamáis á nuestras mujeres y á nuestras hijas á semejantes espectáculos?

»Desde luego señores, nosotros á nadie convidamos á que venga á escuchar nuestros dramas; escribimoslos, los hacemos representar cuando le place al empresario, y viene quien viene. Desgraciadamente á nadie se obliga. En cuanto á las mujeres, no tenemos, cierto, necesidad de invitarlas; viénense ellas y tienen razón, porque allí encuentran más fácilmente quien de ellas se ocupe. En cuanto á las hijas, varía la cuestión. Nunca las convidamos, no hay modo posible de avenencia entre nosotros y esas almas delicadas que sólo deben recibir ejemplos y lecciones de la familia y de la Religión. Lo mismo debemos prescindir nosotros de ellas, que ellas de los autores dramáticos.

»Ni la *inocente* Inés, que se permite esconder en su cuarto á Horacio, solo por haberle visto desde su balcón; ni la astuta Rosina, que corresponde á Lindor así que le vió desde su ventana; ni la tierna Julietta, que da una cita á Romeo, el enemigo de su familia, á la primera vez de encontrarle; ni la apasionada Desdémona, que abandona la casa paterna por seguir al negro Otello, son modelos dignos de presentarse á las jóvenes. Sin embargo, fuera gran desgracia no tener Ineses, ni Rosinas, ni Julietas, ni Desdémonas, sólo porque haya padres que de todos modos quieran llevar sus hijas á los espectáculos. En una palabra, señores, y es hombre de teatro el que os habla: no conviene que llevemos á él nuestras hijas; ¿y sabéis por qué me expreso tan francamente? Porque respeto demasiado á las jóvenes para invitarlas á que escuchen todo lo que á mí me ocurre decir, y respeto demasiado mi arte para reducirlo á lo que ellas puedan escuchar.»

¿Qué más? El mismo Alejandro Dumas, hijo, ha dicho al público en el prólogo de una producción suya las siguientes claridades:

«*Querido público*: hace veinte años que tú y yo nos conocemos, sin que en todo este tiempo hayamos tenido grave motivo de disensión. Es verdad que algún envidioso procuró sembrarla entre nosotros, gritándote que no asistieras á mi drama porque es *inmoral*. Tú y yo estamos acostumbrados á esta palabra desde el principio de nuestras relaciones, y esta vez como las demás, acudes á ver de que se trata, y aun repites la visita. No traes á tu hija y haces bien, pues, digámoslo ahora para siempre, *nunca debiera llevarse una hija al teatro*. Inmoral lo es, no solamente la pieza dramática, sino el mismo local. En donde quiera se pone de manifiesto al hombre, hay en él cierta desnudez que no debe exponerse á todas las miradas, y el teatro, aun el más *bien educado*, vive de tales exhibiciones. Allí nosotros tenemos que